

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Galería de tipos

I

EL HOMBRE-MITAD

El ejemplar más curioso de la fecunda raza de los bipedos acomodaticios y transigentes es, sin género de duda, lo que yo doy en la flor de llamar el hombre-mitad.

Empiezo por hacer un bosquejo de su figura. Al hombre-mitad le veréis siempre entre las comitivas oficiales, forma el séquito obligado de las celebridades de moda. ¿Se canta un *Te Deum* con motivo de cualquier fausto suceso? Allí va el hombre-mitad. ¿Se celebra un funeral por el alma de los mártires de la patria víctimas de la tiranía? Allí acude el hombre-mitad. La filantropía da un baile para enuagar una lágrima a la miseria: ¿sí? ¿deujo el hombre-mitad ha tirado su óbolo—un duro en plaza—a la gran bandeja y ha recogido al paso la lánguida femenina mirada de unos ojos azules que a tener la facultad de la palabra, le dirían: «¡Adiós, salero!»

Es socio del Ateneo, no porque allí se juegue, ni se baile, ni se coma, ni se murmure; no señor, sino porque es un centro científico, y... la verdad, quien entre sabios anda, a go se le pega.

Si es velada de discurso político, literario o económico, que son los menos, el hombre-mitad ocupa su sitio y pronuncia un entusiasta ¡bravo! al fin de una cláusula rimbombante, para sentar plaza de erudito. Si el orador, con sus incubraciones, presenta los eucantos de la moderna civilización en contraste con épocas pasadas, nuestro hombre felicita con calor al disertante y le dice, alargándole su enguantada mano: «Amigo mío, es usted un torrente de erudición, un volcán de floridos conceptos; quien no se convence con sus razones, es digno de que se le compadezca por su ceguera.»

Es católico ¡vaya! El lo dice, y no es cosa que se le contradiga: oye misa los domingos, la de las doce, minutos más, minutos menos; se arrodilla durante los precisos momentos del *Introito* y los *Icyries*, y sobre todo a la evasión de la Sagrada Hostia y el Cáliz. Confiesa una vez al año por Pas-

cua florida, cumpliendo con el precepto de la Iglesia; yo no sé cómo se las compone, pero practica este acto con tanta reserva, que no hay memoria se le haya cogido *in fraganti*. No ayuna, por el pésimo estado de su estómago, revela a las tranquilas digestiones, lo que constituye una verdadera enfermedad que, sin embargo, no le priva para engullir en fondas y restaurantes pavos trufados, jamones y otros manjares; pero, es lo que se dice: ¿qué le importa a Dios ni a la Iglesia, cucharada más o cucharada menos, un plato de escuálidos guisantes o una fuente de chuletas que haga una parca colación, o fuerte? Son bagatelas que el hombre grave, no admite.

Es hijo sumiso del Pontificado; con todo, quiere que el Pontífice transija con las necesidades de la época; que meter bulla con el sublime *Nom possumus* es quitarse sin patitis a la Religión católica; que no someterse, en parte, a las ideas dominantes es desposeerse del hermoso dictado de humildad. Su bello ideal es que el sacerdocio no sea político, que se deje en paz o en guerra a las familias, que se encierre en el templo, que transija con los desahogos populacheros, que la impiedad haga de las suyas; el fin y al cabo, dice nuestro hombre, convencido, la Religión católica será eterna, como eterno es su divino Fundador.

Bosquejado ya el retrato del hombre-mitad, oigámonle; y como para oírle será preciso que hable, vamos a bautizarle por nuestra cuenta, llamándole, para mayor claridad de los conceptos, D. Matías.

—Y ¿qué caro se vende usted, señor don Matías: ni con mil anzuelos se le pesca.

—Las operaciones de mi casa de comercio me tienen esclavo. ¿Qué quiere usted? el trabajo es una cruz que nos impone el divino Maestro y...

—Usted trabaja.

—¿Qué hacer, querido, qué hacer?

—Pero al menos trabaja usted con buen éxito.

—De todo hay en la vida del señor: junto a la lezana cepa de

rico momentel, aparece la atacada por la *Phylloxera vatatrix* y el *oidium*.

—¡Orambén! no es ésta la opinión pública.

—¿Quién es el público? ¿Creo usted en los barrinches del Volgo?

—Vamos, repuse yo, que la magnífica finca que acaba usted de comprar por una bicoca, por casi nada, es negocio redondo.

—¿Que finca? preguntó don Matías algo distaído.

—¡Hombre! la de las pobrecitas monjas, que radica en el feraz valle de Ratuero fuerte.

—Es verdad, me la quedé.

—Somos amigos, ¿no es así, D. Matías? ¿no le molestará mi franqueza?

—Nada de eso.

—Usted se tiene por muy católico y por muy honrado y justo.

—Me envanezco en serio.

—Pues bien: ¿por qué compra usted fincas que no venden las propietarias?

—Já... já... já... ¡y qué atrasado e ignorante está usted! ¿Es decir, que no hay distingos en el mundo? ¿No sabe su cándida merced que el hombre es un compuesto de simples?

—Lo ignoraba: que había hombres simples, sinónimo de majaderos, hombres pillos, hombres codiciosos, sí, señor pero, no hombres compuestos de simples.

—Oiga usted, señor intransigente, oiga usted. Yo, como católico de veras, no he comprado la finca; mi conciencia me lo hubiera prohibido; pero yo, comerciante la he comprado. ¿Va usted comprendiendo la teoría de los distingos?

—Ya... ¿es decir, que el católico ha dejado la plaza al comerciante?

—Cabrily como el comerciante ha visto en el negocio un conjunto redondo, lo hizo.

—¿Y en todo aplica usted esta regla?

—En todo, y estoy tan tranquilo: he aceptado, como comerciante, se entiende, la tolerancia religiosa, porque esa fraternidad ensancha el círculo de sus operaciones, armoniza los caracteres: como político, estoy por la Igle-

sia libre, dentro del Estado libre también; como católico, deploro los ataques del racionalismo y del la descarada impiedad; pero como ciudadano, estoy por la libertad y el libertinaje.

—¿Que me convence usted, y horro desde luego el caso, si me prueba dónde acaba su catolicismo y dónde empieza su comercio, su política y su ciudadanía, porque yo supongo que esas cuatro simples de usted tendrán una conciencia aparte, muy distinta de la única que poseo yo; y como ésta, por más que la avaricie con distingos, me reprende todo el mal que cometo y me alaba el poco bien que ejecuto, deseo saber en qué tienda de ultramarinos venden esas conciencias para comprarme los mozos que necesito y arrinconar, por vieja y testaruda, la que me acompaña desde que tengo uso de razón.

—¡Las dos!—dijo D. Matías, mirando su reloj, amigo mío, es tarde y tengo cita, hasta otro día.

Y se alejó, como perro que arrastra un caldero.

Nos ha dejado con la palabra en la boca; es su sistema.

Lector de mi alma, ¿es D. Matías un mito de mi imaginación, a conocer el género? Dichoso tú si nunca has tropezado con este tipo, especie de variante adoquín que, como los de nuestras calles, proporciona tropezones y hasta caídas de funestos resultados.

P. DE V.

La Agrupación católica

de sastras y la Casa

Alfonso López

de trajes talares

Cristiana solución del conflicto

Hace unos días dábamos cuenta del planteamiento de un conflicto de trabajo entre ésta de trajes talares, de la Carrera de San Jerónimo, núm. 12. Oímos hoy, como obreros católicos que somos, dar conocer a todos la cristiana solución de dicho conflicto. El pasado jueves se reunió la Junta directiva con dicho señor en el domicilio social de la Agrupación, calle de la Es-